

quien habiéndose desceñido los hábitos de su religion y con ellos la vergüenza y el temor á Dios, y casándose incestuosa y sacrílegamente con una monja prostituida, comenzó á levantar bandera, tocar caja y hacer gente contra la Iglesia de Cristo, reuniendo luego los hombres profanos y perdidos, amigos y enamorados de sí propios, deseosos de novedades, y entre ellos un buen número de poetas livianos, de filósofos temerarios, de oradores maldicientes, quienes dieron en la flor de escribir canciones, versos, discursos, libros, para burlarse de las tradiciones, ceremonias, personas eclesiásticas, auxiliados por una manada de clérigos apóstatas que se revolcaban mas y mas en el cieno de todas las torpezas y de todos los vicios, y decían misas, en las que, tras ceremonias mágicas y hechicerías y embrujamientos, se demandaba el auxilio de Lucifer y se obtenía la complicidad del infierno.

En sentir de los jesuitas Lutero hizo de Cristo un Antecristo. Y todos los perjuros, y todos los borrachos, y todos los ladrones, y todos los asesinos, y todos los lujuriosos del orbe se reunieron para sostener su persona y difundir su doctrina. En prueba de tal aserto no hay como leerlos y oírlos á los jesuitas mismos. «Entre estas gentes hubo muchos oficiales y hombres viles y desorejados y castigados por ladrones, facinerosos é infames por justicia, en fin, la escoria y horrura de toda la república; los cuales se hicieron predicadores de este nuevo Evangelio, que siendo tal, no podía tener otros predicadores, sino tales como ellos. Y aun en algunas partes hubo mujercillas livianas, atrevidas y parleras, que olvidadas de la vergüenza y modestia que es tan propia y connatural á las mujeres, y de lo que manda el apóstol San Pablo que la mujer calle en la Iglesia y aprenda en su casa con silencio, se subieron en los púlpitos de las Iglesias y predicaron y aun quisieron disputar con los doctores teólogos, y defender conclusiones de sus locuras y devaneos.» Imaginaos cómo pondría, quien así pensaba y quien estas cosas creía de buena fe, á cuantos contribuyeran de algun modo á establecer y difundir la Reforma. Los Estados protestantes aparecían á sus ojos como Babilonias pobladas de prostitutas y encenagadas en inacabables orgías; los príncipes protestantes, como codiciosos, ganosísimos de alzarse con los bienes eclesiásticos para distribuírseles en pro de su divertimento y de su lucro. Así resucitaron las herejías sepultadas en los mas profundos senos del infierno;

difundieron los desatinos mas locos y las blasfemias mas soeces contra todos los dogmas; pervirtieron los sacramentos de la Iglesia y las ceremonias del culto y los textos de las Sagradas Escrituras y los cánones de los ecuménicos concilios y los decretos de los soberanos pontífices; maltrataron á la cabeza visible de la Iglesia como el ladrón maltrata la justicia que lo persigue y castiga; quitaron la vida corporal á cuantos no podían quitar la vida eterna; destruyeron y despedazaron con nuevo género de tormentos de los usados por Diocleciano y Maximino á los defensores del catolicismo; rompieron entre los tórculos los pechos de las monjas; cocieron y asaron vivos á los mas perfectos frailes; enterraron como hienas á los prelados mas santos despues de haber comido como los salvajes antropófagos de sus carnes; abrieron las entrañas de los fieles para convertirlas en pesebre de sus bravas cabalgaduras; abrieron los vientres de las preñadas para impedir que sus fetos fuesen ángeles del cielo; clavaron las lenguas, las narices, las orejas de los sacerdotes en las cabezadas de sus corceles para burla y escarnio; cocieron los miembros de los priores para dárselos á comer á sus cofrades; desenterraron los cuerpos de los santos y esparcieron las reliquias; arrancaron las cruces y destruyeron las imágenes; convirtiendo los espacios de la tierra en abismos de horror mucho mas inhabitables ciertamente que los abismos del infierno.

No queremos decir cómo contarían la guerra de los campesinos, el martirio de Zuinglio, las empresas del emperador, las luchas de los hugonotes, las ciudades de los calvinistas, la nueva Iglesia de Escocia, el Estado de Inglaterra, las herejías de Italia y de España, el formidable movimiento que la Compañía de Jesus en la expansion de sus primeros momentos se proponía contrastar y vencer para bien de la Iglesia católica tan amargada por el crecimiento y extension de las mareas revolucionarias. Dígase lo que se quiera, de igual suerte que Lutero y Zuinglio y Calvino representan la revolucion religiosa, Ignacio representa la reaccion y tiene la fortuna de concentrarla en su alta personalidad. Por consecuencia, en cuanto llega, despues de tan grandes afanes, de tan terribles sufrimientos, de contrariedades tan supremas, á constituir su ejército, lo encamina y endereza reflexivamente á la guerra.

El espíritu de la revolucion para él es un espíritu de maledicencia, de soberbia, de tiranía y de crueldad, porque es el espíritu de Satanás, que



de la revolucion se reviste y en la revolucion se personifica, como que Lutero y sus discípulos, para quitar toda duda sobre quién le movía y guiaba en sus pensamientos, dichos y hechos contra la Iglesia católica, escribe y confiesa él mismo conocer y tratar personalmente al demonio, con cuyo infernal cuerpo comiera muchos celemines de sal en protervo consorcio y horrible compañía. Quienes así pensaban del gran movimiento religioso no tenían, no, mucha fe y confianza en los medios espirituales y morales para contrastarlo y para vencerlo. Todo lo contrario, cuando se les lee, siquiera sea superficialmente, obsérvase al primer saludo dirigido á sus obras, que sus apariencias de lucha dogmática y canónica encubren una lucha material, invocando á la continua el oficio y ministerio de la santa Inquisicion fundada, segun ellos, por la divina bondad con verdadera misericordia. Hasta la coincidencia entre la fecha del establecimiento en España y del natalicio de Ignacio en Guipúzcoa que coinciden, por mas señas, muéveles á dar al tribunal de la fe todo el carácter de un divino instituto fundado por el Señor para preservar al mundo de la tentadora y nueva serpiente, superior en malicia y veneno á la serpiente bíblica tentadora del género humano, porque se atreve á lo que no se hubiera atrevido la otra con toda su maldad, á venir al mundo después de la divina redencion. Cuando se instituyó la Inquisicion, dicen los jesuitas, imaginaban las gentes de ánimo sencillo que se instituía tan solo para limpiar al mundo entero de moros y judíos, por ignorar las herejías apercebidas á nacer. Pero Dios, que con su presciencia sabe lo venidero como lo presente y lo pasado, instituyóla en sus inescrutables designios para defensa de la Iglesia católica y extirpacion de la espantosa y diabólica herejía.

Nunca se ve tan clara la idea dualista del jesuitismo, nunca el pensamiento maniqueo reluce y culebrea en guisa de tonante relámpago, cual á la hora de su fundacion y establecimiento, cuando nos muestra Martin Lutero salido de lo profundo, acompañado de otro dragon que cae del cielo y se lleva la tercera parte de los luminosos astros; mientras otro capitán del mundo eclesiástico, armado de todas armas, conocido con el nombre de Ignacio, sale para resistirle valerosamente y pelear las batallas del Señor como imagen de aquel otro combate mas grandioso, empeñado entre las potencias celestes y las potencias infernales en toda la infinidad del Universo.

No debe jamás olvidarse que tal ha sido el carácter de la Compañía. Fundada en los comienzos de la Edad moderna para combatir el espíritu revolucionario, tenía por ministerio providencial, obedeciendo á su origen y realizando su histórico fin, que organizar una reaccion formidable; lo mismo en las profundidades mas recónditas del espíritu que en las cimas y cúspides mas altas del Estado. Así, organizóse para el ataque y la defensa; y organizándose para el ataque y la defensa, tomó todas las proporciones y toda la fuerza de un verdadero ejército destinado á una guerra continua. Este grandioso ejército se proponía retrotraer el mundo tan léjos que pasase, como una ola pasa sobre otra ola, sobre cuatro siglos de trabajos titánicos, y volviese nada menos que á los tiempos de Gregorio VII. Esfuerzo gigantesco de Abelardo, movimiento científico de cuatro sucesivas centurias, concilios ecuménicos de Basilea y de Constanza, terribles cismas de Oriente y Occidente, arte, renacimiento, política, revolucion, reforma, decadencia del poder pontificio, establecimiento de los Estados modernos, todo esto parecías cosa baladí, fácil de vencer como si el tiempo no la hubiera hecho para la eternidad. La milicia jesuítica, con tan loco intento, debía desconfiar mucho de la espontaneidad individual y confiar mucho en la organizacion mecánica. Constituíanse las sociedades recién salidas del feudalismo en fortísimos Estados; y los Estados, por regla general, en monarquías absolutas. Comprendiéndolo así los jesuitas, en su conocimiento de la sociedad que habitaban, fundaron una órden militar; pero con carácter de verdadera órden cortesana. Y no podía menos, porque para dominar á los pueblos y llevarlos al ideal extinto de la Edad media, necesitaban dominar los Estados, y para dominar los Estados necesitaban dominar á los reyes y encadenarlos no tanto por la fuerza como por la doblez y astucia, conduciéndolos encadenados á los piés del Pontífice, único fin y objeto de la terrible Compañía.

No se curaron solamente de las tierras europeas estos nuevos sacerdotes de la Iglesia católica. Providenciales coincidencias les llamaban á curarse tambien del resto de la tierra. Las dos naciones occidentales acababan de dilatar el planeta con descubrimientos increíbles. Los portugueses, por iniciativa de su ilustre infante D. Enrique, acababan de hallar el Oriente extremo en Asia, y los españoles, por iniciativa de la ilustre reina Doña Isabel,



acababan de hallar el extremo occidente con América. Mundos que parecían recién creados alzábanse á una para ofrecer á la fe ortodoxa increíbles é inesperadas compensaciones. Ambición tan grande como la de Ignacio, voluntad tan firme, pensamiento tan vasto, habían por fuerza de atender al dominio espiritual de la nueva tierra y al bautizo y educación de los nuevos cristianos sorprendidos en sus selvas con la luz deslumbradora de un nuevo ideal. De prueba fueron los primeros días de su apostolado para estos defensores de la fe. Así como en Europa se las habían con refinadas cortes y finos cortesanos, se las habían en América y Asia con la naturaleza rebelde y los indómitos salvajes. A mediados del siglo décimosexto, habíase la Compañía establecido, y antes de que tal centuria concluyera, mucho antes, contaba por centenares sus mártires.

El primero, que los anales jesuíticos conmemoran, es el bienaventurado Padre Antonio, muerto á manos de salvajes en el cabo de Comorin, hácia la mitad de aquel siglo. No léjos de tal sitio, y en aquel mismo año, murió descabezado también el Padre Alonso Mendez. Los caribes del Brasil asae-tearon á dos misioneros el año cincuenta y cuatro, y los moros de las Molucas, algun tiempo mas tarde, arrastraron á uno. Allá, en otro lustro, se vió morir á Gonzalo Silveira, con una sogá al cuello y un crucifijo en las manos, ahorcado por el mismo rey bárbaro, á quien creía, en su candor sublime, haber para siempre convertido. Francisco Lopez y otros dos hermanos jesuitas, yendo de Cochín á Goa, cayeron alcanzados por los moros, y en la Florida, nueve jesuitas mas perseguidos y martirizados. Murieron por aquellos mismos días, en tierra de Salsete, cinco de aquellos nuevos sacerdotes, llevando el cardenal Aquaviva á su cabeza. Y cincuenta desaparecieron á manos de los corsarios y piratas. Además de todos estos, alguno que otro recibió la muerte de resultas del combate gigantesco empeñado entre las dos religiones y del odio que naturalmente á una y á otra le daba furiosa intolerancia. Todos estos martirios prueban, como hemos dicho desde un principio, que la órden de Jesus organizada militarmente y establecida para fundar en el mundo católico una poderosa y grande autoridad, podia servir en pueblos primitivos, necesitados de una larga iniciación y de una fuerte disciplina social; pero no podia servir en pueblos llegados á una gran madurez y cultura. Hasta en el

seno de las sociedades primitivas, mientras de predicar se trataba, servían para mucho los Padres jesuitas, grandes misioneros; pero en cuanto se trataba de organizar, de dirigir, de extender las instituciones y desarrollar las ideas, tal traza se daban para petrificarlo todo contrariando á la naturaleza, que no salían jamás los pueblos, por ellos regidos, de una primitiva y cuasi salvaje barbarie, como lo prueban con su ejemplo el Paraguay y los establecimientos jesuíticos del Asia. Ciertos procedimientos, ciertos principios, ciertas organizaciones tienen suprema virtud para iniciar á razas aborígenes ó degeneradas en los ideales de mas avanzada cultura; mas no la tienen para contribuir al desarrollo y al robustecimiento de las sociedades ya educadas y crecidas en los ejercicios de una gran cultura. Pues así como la leche de la nodriza gusta mucho al niño en su primera infancia y le disgusta ya crecido, la excesiva y enorme autoridad solo se apropia bien al nacimiento y desarrollo primero de los pueblos.

Obra de autoridad tan grande había menester un director muy poderoso. Este director, como personificaba la sociedad, había de provenir naturalmente del voto y acuerdo de todos sus consocios. Confirmada ya la Compañía por bula de Paulo III, quedaba tan solo que hacer el llevar á cabo su oficial organización. Aquel cuerpo, pues, iba ya definitivamente á tener una cabeza consagrada por todos y cada uno de sus miembros. Esparcidos estos por varios puntos de la cristiandad, escribióseles para que diesen por escrito y en pliego cerrado el nombre de su candidato. Una vez reunidos todos los pliegos, convocóse á cuantos estaban cerca de Roma y podían ir á Roma con alguna facilidad, aunque se hallasen léjos. Tres días y tres noches los congregados estuvieron en oración y en silencio y en recogimiento, sin comunicarse cosa alguna respecto á sus propósitos, madurados á sus anchas por cada cual en las interioridades mas secretas de su voluntad respectiva y de su respectivo pensamiento. Hechas las penitencias de oficio, acompañadas de meditaciones y contemplaciones y ayunos, procedióse con solemnidad á recoger los votos de los allí reunidos y á desenvolver los pliegos y cartas de los ausentes. La elección resultó, como no podia menos de resultar, unánime á favor de San Ignacio. Solo su propio voto le había faltado. Como si de nuevas le cogiese, asustóse á tal elección el Padre, y la declinó con tanto empeño que hubo necesi-